1956

LUIS PASCUAL FRUTOS y MÁXIMO JIMÉNEZ

Los Catariongos

ZARZUELA BUFA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN CINCO CUADROS, EN PROSA, ORIGINAL

MÚSICA DE LOS MAESTROS

A. Pérez Soriano y E. Ruiz de Arana

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES * MADRID
PROPIEDAD

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1904

12

A mi querido amigo y futuro colaborador Emilio Alvarez le dedica esta bufonada su autor

Máximo Jiménez

LOS CATARIONGOS

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOS CATARIONGOS

ZARZUELA BUFA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN CINCO CUADROS, EN PROSA

ORIGINAL DE

LUIS PASCUAL FRUTOS y MÁXIMO JIMÉNEZ

MÚSICA DE LOS MAESTROS

A. Pérez Soriano y E. Ruiz de Arana

Estrenada en el TEATRO DE NOVEDADES la noche del 2 Diciembre de 1904

MADRID

C. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1904

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
BLANCA	Sra.	Ménguez.
DOÑA VIOLANTE		Vila.
DON CANUTO	Sr.	Moya.
FERNANDO		Angolotti.
SEGISMUNDO		Berrio.
CÉSAR		Carrasco.
GENERAL		Serrano.
CAPITÁN		Pursell.
CATARIONGO 1.º		Sánchez.
IDEM 2.º		Gaztambide.

Catariongos, guardias del rey y acompañamiento

LA ACCIÓN, IMAGINARIA

Derecha é izquierda, las del actor

CARTA ABIERTA

Sr. D.

Antonio de Moya

Director de escena y primer actor de la compañía de zarzuela del Teatro de Novedades.

MADRID

Querido Antonio: A tí se te puede contar todo.

Los Catariongos, *es el título de una Sociedad creada por unos cuantos amigos, muy decentitos, para pasar un rato de* solaz, *cuando los disgustos nos* embargan.

Es deber de todo asociado distraer á la reunión *con narraciones estupendas y fantásticas, ora en verso, ora en prosa, ora gráficamente.*

Las mayores rarezas *son acogidas con verdadero entusiasmo y sabemos de algunas que han sido lanzadas á los vientos de la publicidad.*

Esto te explicará lo raro del título y el por qué de esta bufonada.

612298

Ahora bien, *como á tu laboriosidad, talento y discreción debemos el éxito de esta zarzuelita y la vulgarización del título de la Sociedad, cúmplenos manifestar públicamente nuestro agradecimiento, que hacemos extensivo á las Sras. Ménguez y Vila, Sres. Angolotti, Berrio, Carrasco, Serrano, Pursell, Sánchez, Gaztambide, maestro Fonrat, señoras y señores del coro, al sastre señor González y á cuantos han contribuído al éxito con su valiosa cooperación.*

A todos, pues, propondremos como Socios de Mérito *en la primer junta que celebre la Sociedad; pero en tanto, acoge con benevolencia, querido Antonio, el libro que te dedican de corazón, tus buenos amigos y* Catariongos,

LOS AUTORES.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Telón corto de sala

ESCENA PRIMERA

DOÑA VIOLANTE y CANUTO

VIOL. ¡No, no y no! Te lo he dicho mil veces. Esto ya no se puede tolerar.

CAN. ¡Pero Violante!...

VIOL. Canuto, no trates de disculparte. Tienes una hija, y por ella todos los sacrificios son poco.

CAN. Pero, mujer, ¿qué más puedo hacer que salir á buscar novios ricos?

VIOL. Los novios no los buscan los padres. Las hijas ya se encargan de encontrarlos.

CAN. Justo, y tropiezan con hombres como ese Fernando, que Dios confunda.

VIOL. ¿Por qué?

CAN. Porque no tiene un cuarto.

VIOL. Pero tiene carrera.

CAN. La que le hago dar todos los días cuando lo veo.

VIOL. ¿Pero es que tú quieres un príncipe para tu hija? ¿Y tú qué la das de dote? Miseria y compañía. Más te valiera buscar colocación.

CAN. Pero, mujer, ¿qué culpa tengo yo que me hayan dejado cesante?

VIOL. Busca otra cosa. Yo en tu caso, ya hubiera vendido el alma al demonio por unos años de prosperidad.

CAN. ¡Si ya me casé contigo!...

VIOL. ¿Qué quieres decir con eso?

CAN. Que el demonio no quiere á los maridos.

VIOL. ¿No? Ahora mismo escribo á tu hermano diciéndole tus pilladas.

CAN. Cualquiera sabe de él.

VIOL. Yo buscaré su paradero.

CAN. ¡Pero si se fué por esos mundos de Dios!

VIOL. No importa. Tú también te quisiste escapar y al fin te casaste conmigo.

CAN. Es que yo he sido siempre muy desgraciado.

VIOL. ¡Y lo confiesas!... Canuto, márchate ó no respondo...

CAN. ¡Que no tenga carácter!...

VIOL. ¡Que te marches he dicho!...

CAN. Voy, mujer.

ESCENA II

DICHOS y BLANCA

BLANCA ¡Papá, mamá!

VIOL. ¿Qué ocurre?

BLANCA Una carta certificada para papá.

VIOL. Dámela.

CAN. Si es para mí.

VIOL. Pues por eso. Necesito saber tus líos.

BLANCA ¡Mama!

VIOL. ¡Ay, hija! Tú no sabes de lo que son capaces los hombres.

CAN. (¡Ay, no lo sabes tú muy bien!)

VIOL. Carta de tu hermano. Atención: (Leyendo.) «Querido Canuto: Después de rodar varios años por esos mundos de Dios, he llegado á las islas Chinchas donde he conseguido una fortuna de muchos millones.»

CAN. ¡Oh! ¡Afortunado hermano!

BLANCA ¡Oh, tío millonario!

VIOL. Si ya decía yo que este tío, digo que tu hermano, era más listo que tú.

CAN. Bueno, continúa.

VIOL. «Esa fortuna es para vosotros porque sois los únicos herederos.»

CAN. Repite eso otra vez.

BLANCA ¡Para nosotros, qué gusto! Ya me podré casar con Fernando.

CAN. ¿Con Fernando? ¡A que te desheredo!

VIOL. Calla y escucha: «Porque sois los únicos herederos, pero es el caso que el Bey del reino.. »

CAN. Querrás decir el Buey del reino.

VIOL. No, señor: «El Bey del reino se ha enterado de unas intrigas y me ha desterrado, y probablemente me pasará á cuchillo, si se entera de que soy el jefe de la insurrección.»

CAN. ¡Zapateta! Ese Buey lo hará seguramente. Ya te decía que era un buey.

VIOL. Déjame terminar. «Como la fortuna la tengo enterrada en el país de los Catariongos y no puedo moverme sin que se enteren en estas islas, he pensado que vengais toda la familia. Con los adjuntos talones podeis recoger los billetes del ferrocarril y los billetes de Banco.»

CAN. ¿Dónde tienes los talones?

VIOL. ¿Para que salgas corriendo?

CAN. ¡Naturalmente!

VIOL. «Y los billetes de Banco para gastos de viaje, os los entregará en la estación un agente que lleva la misión de reclutar voluntarios para esta guerra, llamado Kameló y pasa por inglés.»

CAN. ¿Sabes lo que te digo? Que todos se me van a figurar ingleses.

VIOL. «Os acompañará en el viaje y os traerá al lado de vuestro hermano que os quiere y veros desea, Segismundo de la Morcilla.— Islas Chinchas á cuarenta de Mayo del siglo XX.»

CAN. ¡Pobre hermano mío!

VIOL. ¿Pero vas á llorar ahora?

CAN. ¿Te parece poco lo que le pasa?

BLANCA Tiene razón, papá. ¡Pobre tío! ¡Estar desterrado con tanto dinero!

CAN. Sin amigos que le defiendan; ¡para que se lo quiten!...

VIOL. ¡Nosotros le defenderemos! Coge lo poco que queda y vámonos.

CAN. ¿Sin despedirnos del casero?

VIOL. ¿Otra vez? Ya nos despidió hace dos meses.

BLANCA Pero, antes, papá firme usted el recibo, que lo está esperando el cartero.

CAN. ¿Por qué no lo dices cuando estemos en las Chinchas? Dame el cuaderno. (Vase.)

ESCENA III

BLANCA, VIOLANTE y FERNANDO

BLANCA Pasa.

VIOL. ¿A quién llamas?

BLANCA Al cartero. A Fernando, que se ha puesto la gorra del auténtico.

FER ¿Se puede? Usted dispense, doña Violante, no podía esperar más y he subido para decirla...

VIOL. Que quiere usted á mi hija. Si lo ha dicho usted muchas veces.

FER. Es que lo que abunda no daña, y como su esposo no quiere que quiera á su hija y como su hija me quiere y yo la quiero, y la quiero llevar al altar...

VIOL. Todo lo sé. Pero ahora, Fernando, ha cambiado todo.

FER. Yo la juro que no he cambiado nada desde que la conozco.

VIOL. También sé que nunca ha tenido usted un cuarto.

FER. No quiero decir eso.

VIOL. Es el caso que nosotros nos vamos ahora mismo á las Chinchas, y Dios sabe si volveremos por aquí alguna vez.

FER Pero cómo, ¿se va Blanca también?

VIOL. Claro está. A recoger una herencia de muchos millones.

FER. ¿Una herencia?... Yo no la abandono.

VIOL. Yo, que conoco su amor y soy una buena madre, lo que puedo hacer es permitir que nos siga hasta las islas Chinchas, y allí le presento á mi cuñado, y si simpatiza usted con él, se casa con Blanca.

FER. Bueno, ¿y si no simpatizo?

VIOL. Se queda usted sin Blanca.

FER. Sin blanca ya estoy aquí.

VIOL. El que algo quiere, algo le cuesta.

FER. Pues por eso que cuesta es por lo que no puedo ir.

BLANCA ¡Ay, sí; ven con nosotras!

FER. ¿Pero cómo costeo el viaje?

VIOL. ¡Oh, qué idea! Vaya usted á la estación, y allí encontrará un inglés.

FER. Allí encontraré muchos.

VIOL. Le dice usted que está dispuesto á todo y que le lleve á las Chinchas.

FER. Y allí, ¿qué voy hacer?

VIOL. Pues el amor á mi hija.

FER. ¿Entonces le digo que voy dispuesto á todo con su hija?

VIOL. No, hombre, no.

BLANCA Silencio, que viene papá.

ESCENA IV

DICHOS y CANUTO

CAN. Ya está firmado el recibí. ¡Ah! Oiga usted, cartero. ¿A qué hora sale el correo?... ¿Pero qué miro! ¡Si es Fernando!... ¡Ah, tunante!

FER. No se sulfure usted, don Canuto. (Vase.)

CAN. Ahora lo verás. (Sale tras él.)

VIOL. ¿Pero qué vas á hacer? (Vase.)

BLANCA ¡Por Dios, papá!

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Mar al fondo. A la izquierda, cabaña. A la derecha, un pabellón con puerta y ventana practicables

ESCENA PRIMERA

CORO GENERAL DE SALVAJES

Música

CORO (Dentro.)

Vamos despacito,
vamos á saber
lo que los tres blancos
vienen aquí hacer.
Hay una muchacha superior,
en cambio hay un viejo
que eso es un primor.
Todos tostaditos
qué bién estarán.
Hay que reunirnos
por si se nos van.
Unos á las hembras
y otros al varón,
debemos cogerlos
con gran precaución,
y en ese momento
debemos formar
la rueda, y entonces
jámala, jámala, já.

(Saliendo.)

Dar á mi *neguita*
un dulce *banquito*
bien aderezado
y bien doradito,
¿*verdá*, *negra* mía,
que te gusta á tí?

Dímelo bajito,
dímelo tú á mí.

(Se dirigen á la cabaña, observan si están los europeos, y después, celebran una danza salvaje. Terminado el baile van desapareciendo.)

ESCENA II

SEGISMUNDO, CANUTO, VIOLANTE y BLANCA

Hablado

SEG. Si los ven estoy perdido. Salir ya y pasar á este pabellón que os tengo preparado.

CAN. ¿Pero por qué has de ser así? ¿Qué te importa que mande López ó Pérez?

SEG. No me vengas ya con consejos, y al grano, que el tiempo es oro y no lo podemos perder.

CAN. Eres incorregible.

VIOL. Canuto, cállate y no discutas lo que no entiendes.

BLANCA Cuando el tío lo hace...

SEG. Tu obligación es ver, oir, callar y obedecer.

VIOL. Naturalmente; yo no sé quién lo mete á él en camisa de once varas.

SEG. Y vosotras, á preparar el almuerzo mientras hablamos, porque éste se tiene que ir en seguida.

CAN. ¿A dónde?

VIOL. Donde te manden.

CAN. (Ya empezó Cristo á padecer.)

SEG. Arriba está mi criado, que os pondrá en posesión de todo.

VIOL. Vamos, niña.

BLANCA Hasta luego, tío.

SEG. Adiós, sobrina.

VIOL. A ver lo que haces, Canuto. (Entran en el pabellón.)

ESCENA III

SEGISMUNDO y CANUTO

SEG. Ya habrás comprendido que necesito de tí.

CAN. Pues aquí me tienes.

SEG. Nuestro parecido es tan exacto como una gota á otra gota.

CAN. Pero hombre, si parece que te has caído en un tarro de betún. Mientras que yo soy blanco como la leche.

SEG. No importa: es necesario que seas por tres días el mariscal Segismundo, desterrado por el Bey.

CAN. ¡¡Caracoles!! ¿Te has vuelto loco?

SEG. ¡¡Mil bombas!!

CAN. No ves que ni mi valor ni mi facha son á propósito...

SEG. Yo te aleccionaré.

CAN. Que tengo la cabeza muy dura...

SEG. No hay más remedio.

CAN. ¡Dios mío! ¿Hasta cuándo no va á sentar la cabeza este hermano?

SEG. No seas majadero, que no hay ningún compromiso, y menos estando desterrado.

CAN. ¿Y qué tengo que hacer?

SEG. Fingir para que ni tu mujer ni tu hija se enteren que eres tú.

CAN. Me parece muy difícil...

SEG. Ahuecas la voz y procura estar mal humorado, para que no se te acerquen. .

CAN. Pues lo más sencillo es fingirme enfermo y estarme en la cama.

SEG. No; porque al echarme de menos los espías que me vigilan sería peor.

CAN. ¿Y qué intentas?

SEG. Marcharme inmediatamente.

CAN. ¡María Santísima y qué atrocidad!

SEG. Para esto no haber venido.

CAN. Bien lo siento.

SEG. ¡Mil bombas! ¡Pues no dice que lo siente!

CAN. No, señor; digo que siento que te enfades.

SEG. Un hermano que no se presta á un sacrificio tan baladí y me expone á que me den cuatro tiros...

CAN. Eso nunca.

SEG. Entonces...

CAN. Yo haré lo que me mandes.

SEG. Pues vamos á cambiar de ropa y te pintaré de negro mientras te doy instrucciones.

CAN. ¿De negro me vas á poner?

SEG. No seas simplón.

CAN. (¡Nada, me pone en un brete, y no sentará la cabeza aunque se empeñe San Pedro!) (Vanse á la cabaña.)

ESCENA IV

FERNANDO, disfrazado de salvaje y pintada la cara de negro

Soy yo: Fernandito, que me he visto negro para llegar hasta aquí. Cuando más tranquilo ponía el pie en tierra, por ver á mi adorada, oigo decir: «Vamos á tirar al blanco»; me vuelvo y veo un centenar de animaluchos del país que se dirigían hacia mí armados de flechas. «Vamos á tirar al blanco», repiten, y el blanco era yo. Quiero gritar, y se me hace un nudo en la nuez... y nada. Si no sé nadar me ahogo. Yo me he visto en mi país muchas veces con el agua al cuello, pero como ahora nunca. En fin, menos mal que lo cuento. Yo no sé si á mi novia le gustaré de luto, pero no me queda otro recurso si no quiero exponerme a otro chapuzón. Yo la llamo y sea lo que Dios quiera.

ESCENA V

FERNANDO y BLANCA

Música

FER (Llamando en la ventana del pabellón.)
¡Ay, Blanquita mía de mi corazón,
sal á la ventana que te llamo yo!
Considera, Blanca, cómo yo estaré
y la de fatigas que yo pasaré;
por tu amor, hace unos días
que no como y que no vivo,
y es que como soy *salvaje*
no encuentro ni un conocido.
¡Ay, Blanquita, sal aquí!
¡que aquí está tu Fernandín!

BLANCA (Asomándose á la ventana.)
¿Quién me llama?
¡Cielos!... ¡un zanguango!
(Cerrando la ventana.)

FER. No te vayas, rica,
que soy tu Fernando.
Esto sólo me faltaba
para colmo de dolor;
no te asustes, que es Fernando,
y es el dueño de tu amor.

BLANCA (Saliendo y reconociéndole.)
¡Mi Fernando de ese modo!

FER. Tú me vas á dispensar:
estoy raro, lo comprendo
que no te agrade el disfraz.

BLANCA ¡Pobrecito y qué fatigas,
qué penas pasas por mí!

FER. Esta es sólo la manera
de poder llegar á tí.

BLANCA Sólo quiero que me quieras
con la misma intensidad.

FER. ¡Ay, Blanquita, yo te quiero
que es una barbaridad!

BLANCA Ya verás qué caricias
reservo para tí.

FER. ¡Tú verás las cositas
que guardo para tí!
BLANCA ¡Ay, Fernando mío
de mi corazón!
FER. ¡Ay, Blanquita mía,
eres mi ilusión!
LOS DOS ¡Ay, { Fernando / Blanquita } de mi vida,
quiéreme solito á mí,
yo no como, yo no duermo,
porque sólo pienso en tí!
¡Ambo, ato, matarile, rile, rile,
ambo, ato, matarile, rilerón!
(Dando vueltas como hacen los niños en este juego.)

Hablado

FER. Si me viera tu padre ahora, ya vería si tengo condiciones para ser tu esposo.
BLANCA Sí que has hecho un sacrificio.
FER. Que busque novios; á ver si encuentra quien sepa nadar y guardar la ropa como yo.
BLANCA Tienes razón que te sobra.
FER., ¿Y tú crees que se ablandará?
BLANCA Es muy duro.
FER. ¿Y tu tío?
BLANCA Mi tío tiene un pronto que asusta, pero si le tocas en el corazón, consigues todo de él.
FER. Pues le toco; no te quepa duda.
BLANCA ¿Le vas á hablar?
FER. En cuanto lo vea. Es preciso que salga de esta situación; porque, ¿dónde voy á pasar esta noche?
BLANCA ¿Pero y si te dice que no?
FER. Entonces, ya sé dónde voy á pasar la noche.
BLANCA ¿Dónde?
FER. En ese árbol. Me cuelgo de él muy bajito, para que cuando salga mañana, pueda darle una patada.
BLANCA ¿Te vas á suicidar?
FER. Sí, hija mía. Yo he hecho todo lo posible por encontrar una muerte dulce casándome contigo; pero si se niegan, la tendré amarga.

BLANCA Si te suicidas, me moriré de pesar. (Llorando.)

FER. Y yo también me moriré. (Lo mismo.)

BLANCA Y entonces, adiós fortuna.

FER. Oye, ¿es mucha?

BLANCA Ya lo creo... es lo menos... Bueno, tú no sabes lo que es eso.

FER. ¿Que no? Pues mira, hasta que no lo sepa no me mato. Es otra prueba que te doy de cariño.

BLANCA Así te quiero. ¡Mas calla! Mi padre y mi tío salen. Ocúltate mientras comemos y luego le hablarás.

FER. Oye, ¿dónde como yo?

BLANCA ¡Es verdad!... Bueno; eso ya lo arreglaremos para mañana.

FER. No, mujer, para ahora mismo. Tú no sabes el hambre que hace en este país.

BLANCA Vete, que salen. (Vase pabellón.)

FER. ¿Y para esto he venido á las Chinchas? ¿A que me va á suceder lo que en mi patria? (Vase)

ESCENA VI

SEGISMUNDO y CANUTO, cambiados de trajes

SEG. ¡Más derecho!

CAN. ¡Que esto es un disparate!

SEG. Aun es tiempo. Si te pesa...

CAN. Conste que lo hago por tí.

SEG. Dale más aire al uniforme que pareces un un ranchero. Esa gorra más á la izquierda y mucha desenvoltura.

CAN. Ya me iré acostumbrando.

SEG Y voto sobre voto.

CAN. ¿Votos? ¡Hombre, que yo no los echo nunca!

SEG. Pues ahora hay que echarlos. ¡¡Mil bombas!! ¡¡Vive Cristo!! ¡¡Reniego del infierno!! Y toses fuerte. ¡¡Ejem!!

CAN. Con que... ¡¡Mil bombas!! ¡¡Vive Cristo!! ¡Y toso fuerte! (Tose débilmente.)

SEG. Pareces una monjita boba. ¡Con más alma! ¡¡Rayos y truenos!!

CAN. Voy á parecer una tempestad.

SEG. Con que no olvides mis instrucciones, y hasta la vuelta.

CAN. Pero, oye; ¿y dónde digo á mi mujer que has ido?

SEG. ¡Animal! No digas eso. Si el que se va eres tú.

CAN. Pero, ¿en qué quedamos? ¿Quién es el que se va?

SEG. Me voy yo. Pero como tú tienes que pasar por mí, para todos tiene que figurar que te has ido tú.

CAN. Comprendido. Pero de todas maneras, tengo que decir á mi mujer que yo me he ido á alguna parte.

SEG. Tú no la digas nada.

CAN. Ella me preguntará.

SEG. Le dices que es un secreto que nadie debe de saber... Que en ello nos va la cabeza.

CAN. ¿Cuál? La tuya ó la mía, porque como yo ya no sé quién soy...

SEG. La tuya.

CAN. La mía, pero en tu nombre.

SEG. Eso es: conque ya lo sabes, no me vayas á dejar mal.

CAN. Al que le dejas mal es á mí.

SEG. De tí depende. Como descubran que me he ido... ¡¡zas!!

CAN. Pero, oye: ¿tardarás mucho tiempo? Porque mi mujer te va á esperar con impaciencia.

SEG. Dos ó tres días.

CAN. ¿Y va á pasar las noches sola?

SEG. ¡Hombre! Tú la harás compañía.

CAN. Pero, ¿en qué quedamos? ¿Soy yo, tú; ó soy yo?

SEG. Mira, hermano, no es este el momento de discutir. Tú eres yo para todo. Ya lo sabes. (Vase.)

CAN. Tú, soy yo; y yo, soy tú... tururú.

ESCENA VII

CANUTO

¡María Santísima! En buen compromiso me pone mi hermano. Y nada, tengo que pasar por onza de chocolate hasta que él venga. ¿Y qué le digo á mi mujer? Lo primero, chillarle fuerte. Ahora me voy á desquitar de cuanto me ha hecho sufrir.

ESCENA VIII

CANUTO y FERNANDO

FER. Yo no puedo más. El hambre de este país es muy tracionera. Yo me declaro.

CAN. (¡Demonio! ¡Un salvaje! Habrá que tratarle de mala manera.)

FER. (¿Será este tío el tío de Blanca? Probemos.) (Hace muchas contorsiones.)

CAN. (¡Esos brincos!... ¡Esas contorsiones!... Este es del país.) ¡Urrr!

FER. ¡Señor!...

CAN. (Aquí de la energía.) ¡¡Mil bombas!! ¿Qué se le ofrece?

FER. (Zapateta, este es peor que el otro.)

CAN. ¡Pronto! ¿Tú eres un salvaje?

FER. Señor... yo...

CAN. ¡Rayos y truenos! A mí no se me contesta. (Me parece que estoy en carácter.)

FER. Es que...

CAN. Yo soy... (Voy á ver el efecto que hago.) Yo soy Segismundo de la Morcilla.

FER. ¡Cómo! ¡De la Morcilla! ¡Usted la Morcilla, si me lo debió dar el corazón!

CAN. (¡No se asusta!)

FER. Si á usted vengo buscando. ¿Cómo está usted?

CAN. (¡Calla, si éste no es un salvaje! ¡Si parece un europeo!) ¿Con que me buscaba usted?

FER. Para contarle mis penas. Yo no soy quien parezco.

CAN. ¿Qué no? ¡¡Mil bombas!! ¡¡Rayos y centellas!!

FER. No se desate todavía y escúcheme.

CAN. ¡Pronto, que estoy impaciente!

FER Pues es muy sencillo. Yo estoy enamorado de su sobrina Blanca.

CAN. ¿De mi hija?... Digo, ¿de mi sobrina?.. ¡¡Bruuú!!

FER. Sí, señor; su padre me la negaba en España y he venido á pedírsela á usted.

CAN. ¿A mí? ¿Tú eres el que en España?... ¡Ah, tunante!

FER. Señor... considere que...

CAN. Nada; no hay salvación para tí. Ya te pesqué.

FER. Pero, usted...

CAN. (¡Demonio! Por poco me descubro. No me acordaba que ahora soy el tío.) ¿De modo que se la negaba el padre y quiere que se la conceda yo?

FER. Blanca me ha dicho que usted tenía mejor corazón que su padre.

CAN. ¿Eso ha dicho mi hija?

FER ¿Cómo su hija?

CAN. ¿Es decir, la hija de mi hermano? Pues no, señor. Ahora las pagarás todas juntas. ¡Mil bombas! (Dirigiéndose á Fernando y haciendo ademán de estrangularle.)

FER. ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Sooo...!

ESCENA IX

DICHOS, DOÑA VIOLANTE y BLANCA

VIOL. ¡Aprieta, hijo! ¿Qué ocurre? (Interponiéndose.)

BLANCA ¿Pero tío, qué hace usted? (Lo mismo.)

CAN. ¡Estoy echando chispas! ¡Vete!

VIOL. Tú no eres el Segismundo de antes.

CAN. (Adiós, ya me ha conocido) ¡Rayos y truenos!

VIOL. Niña, saca el paraguas.

CAN. ¿Te crees que soy yo como mi hermano, que te voy á tolerar lo que él?

VIOL. ¿Pero á qué viene todo eso? ¿Lo dices por este salvaje?

BLANCA ¡Mamá!...

FER. ¡Señora!...

CAN. Este caballerito...

BLANCA Me quiere y yo le quiero.

VIOL. Sólo que tu hermano se negaba; pero tú, que tienes más sentido común, sabrás apreciar su verdadero cariño.

CAN. Conque yo sabré apreciar... ¡Cuernos de Barrabás! (¿A que me descubro y lo echo todo á perder?)

VIOL. ¡Ay, hijo, hoy estás insoportable!

BLANCA ¡Tío, apiádese de Fernando que no ha comido todavía.

CAN. Tampoco he comido yo.

VIOL. Pues mira, comida hay para tí y para tu hermano.

BLANCA Que se coma la de papá.

CAN. ¡Truenos!... ¡Eso está muy bien!

VIOL. ¡Naturalmente, si no habría que tirarla!

CAN. ¡Tirarla! ¡Rayos y centellas! ¡Eso nunca! Pase usted, joven.

FER. Gracias, señor Morcilla.

BLANCA Gracias, tío.

CAN. Y conste que es la primera vez que comecon Morcilla.

FER. Sí, señor; es la primera. (Vanse por el pabellón.)

BLANCA Ya triunfamos.

VIOL. No los abandonemos, porque estos salvajes se podrían devorar. (Vanse tras ellos al pabellón.)

ESCENA X

GENERAL, DON CÉSAR, CAPITÁN y GUARDIA DEL BEY. Van apareciendo á compás de la música

GEN. Colóquense las tiendas de campaña y distribúyanse centinelas avanzadas por el ala derecha. Coronel. (El Capitán y dos números hacen mutis después de un saludo militar exagerado.)

CÉSAR A la orden, mi General.

GEN. Mientras doy algunas órdenes podéis ver al mariscal Segismundo y cumplir la del Bey, nuestro soberano y señor.

CÉSAR Como ordenéis, mi general.

GEN. En mi tienda espero el resultado.

CÉSAR Descuidad. Segismundo me aprecia y confío mucho, porque es honrado y valiente.

GEN. Lo sé. Mas si se niega me lo avisais en el acto.

CÉSAR Está bien.

GEN. ¡Sobre el hombro!... ¡Armas! ¡Doble izquierda! ¡Marchen! (Vanse por la izquierda segundo término á compás de la música.)

ESCENA XI

DON CÉSAR y á poco VIOLANTE y BLANCA

CÉSAR ¡Qué susto voy á dar á Segismundo! Va á pensar de fijo que ha llegado su última hora. Afortunadamente soy un buen amigo suyo y he trabajado para conseguir su libertad y aquí la traigo. Veamos si está en la cabaña. (Entra en la cabaña.)

VIOL. ¿No has oído una marcha guerrera?

BLANCA He observado desde dentro todo, pero ya se han ido.

VIOL. ¡Demonio, un militar!

CÉSAR Pues no hay nadie. (¿Eh? ¡Dos europeas!) ¡Señoritas!... (Hace un saludo ridículo. Violante le imita.)

VIOL. (¡Qué salvaje más fino!) ¡Caballero!...

BLANCA (¡Va vestido como los hombres!...)

CÉSAR Buscaba al mariscal Segismundo para entregarle el real decreto de su libertad.

VIOL. ¿De su libertad?

BLANCA ¿Libertado Segismundo?

CÉSAR ¿Le conocen ustedes?

BLANCA En este momento le dejamos comiendo.

CÉSAR (Comprendo. Estas son sus mujeres. ¡Qué afortunado es Segismundo!)

VIOL. ¿Quiere usted verle?

CÉSAR Esperaré á que termine.

BLANCA De ninguna manera. Voy en su busca. ¡Libertado! (Mutis.)

VIOL. Sí, vamos en su busca.

CÉSAR Pero no se molesten.

VIOL. ¡Si no es molestia! (Vanse.) Señor salvaje... A los pies de usted. (Da un brinco.)

ESCENA XII

CÉSAR y CANUTO

CÉSAR Y son lindas las dos. Me las llevaré á palacio como botín de guerra.

CAN. (Con la servilleta al cuello.) Ahora es cuando las voy á pagar todas juntas. ¡Pero qué ocurrencia la mía venir á las Chinchas! ¡Nada, que me chinché!

CÉSAR ¿Da usía su permiso?

CAN. (¿No lo dije? ¡Otro lío!)

CÉSAR ¿Que si da usía su permiso?

CAN. ¡Y cómo no!

CÉSAR ¡A mis brazos, calaverón! (Le abraza.)

CAN. (¡Cómo aprieta!)

CÉSAR Tanto tiempo sin vernos.

CAN. ¡Mucho tiempo, muchísimo! (Yo no le he visto nunca.)

CÉSAR Cuéntame, cuéntame...

CAN. (¿Y qué le cuento yo?)

CÉSAR ¿Sabes que te encuentro muy alicaído?

CAN. Los años y los...

CÉSAR Los disgustos. ¿Por qué conspiras contra el Bey cuando no tienes motivos?

CAN. Esas son cosas... (¡Esta es otra!)

CÉSAR Muy mal hechas y vengo decidido á convencerte.

CAN. No puede ser. (Creo que así contestaría mi hermano.)

CÉSAR Que te huele la cabeza á pólvora.

CAN. ¡Caracoles!

CÉSAR No seas terco y escoge, entre cuatro tiros ó hacerte cargo del batallón á las órdenes del

general Pimpím, para rechazar á los Catariongos que se dirigen hacia la costa con fines siniestros.

CAN. (¡María Santísima!)

CÉSAR Y tú que has dado pruebas de valor en todas las ocasiones, tienes que dejarte de tonterías y acudir al puesto del honor.

CAN. (¡Vaya un compromiso! ¡Yo que nunca he dado pruebas de nada!)

CÉSAR A ver que te parece el plan.

CAN. Bien, muy bien; no te molestes.

CÉSAR Conviene que lo conozcas.

CAN. (¡Me van faltando las fuerzas!)

CÉSAR ¿Ves estos puntos?

CAN. Si me los sé de memoria. (¿Qué serán esos puntos?)

CÉSAR Los Catariongos vienen por aquí. Nosotros nos hemos situado aquí. ¿Qué te parece que debemos hacer?

CAN. (¿Y qué habrá que hacer?)

CÉSAR Vamos, ¿qué harías tú?

CAN. ¿Yo?... ¡Eso no se pregunta!

CÉSAR ¡Cómo!

CAN. ¿Qué harías tú?

CÉSAR Apoyaría el ala derecha en el monte y colocaría cuatro cañones.

CAN. Eso mismo haría yo; pero en seguida ahuecaría el ala y colocaría más cañones, muchos cañones.

CÉSAR Hombre, no; sobran con cuatro.

CAN. Bueno, pues los cuatro.

CÉSAR Pero y si los Catariongos flanqueasen el monte, ¿cómo salvas este cuerpo de ejército?

CAN. ¿Este cuerpo?... Eso es muy fácil. Ya trataré yo de salvar este cuerpo. (Por el suyo.)

CÉSAR Como que es el centro de operaciones.

CAN. Y de todo; de todo.

CÉSAR Después atravesaría este lago y me echaría sobre esta explanada.

CAN. (Y yo me echaría en la cama.)

CÉSAR ¿No te parece lo mismo?

CAN. Sí, hombre, sí. Atravesamos la explanada y nos echamos en el lago.

CÉSAR ¿Eh?

CAN. Que atravesamos el lago y nos echamos en la explanada aunque nos dé el sol y sudemos la gota gorda.

CÉSAR Estamos conformes y voy á decírselo al General.

CAN. Pero oye, oye...

CÉSAR Nada, nada. El Bey te levanta el destierro y no tienes más remedio que aceptar.

CAN. Es que...

CÉSAR So pena de que mis soldados te levanten ahora mismo la tapa de los sesos.

CAN. No, eso nunca.

CÉSAR Pues vente conmigo.

CAN ¿Y qué hago de estas pobres mujeres que has visto?

CÉSAR ¿Pero á tí qué te importan?

CAN. Casi nada.

CÉSAR Lo tengo todo previsto. Las llevamos á palacio, las ve el Bey y las dará una brillante posición.

CAN. Pero es imposible porque están casadas.

CÉSAR Mejor que mejor; con eso hará algo á sus maridos.

CAN. No; que no les haga nada. (Yo estoy por confesárselo todo.)

CÉSAR Además corren el peligro de que como son europeas se las coman los salvajes del país.

CAN. ¡Zapateta! Pues esto es peor.

CÉSAR Créeme, no hay otra solución que marchar con nosotros.

CAN. ¿Y no lo podemos dejar para mañana?

CÉSAR Mañana, los Catariongos ó nosotros habremos dejado de existir.

CAN. ¿Tan malo está eso?

CÉSAR Muy malo. Conque elige. O vienes á pelear contra los Catariongos...

CAN. Pero si á mí no me han hecho nada.

CÉSAR Salimos ahora con esas. ¡Capitán! (Llamando.)

CAP. ¡A la orden! (Saliendo.)

CÉSAR Entre en ese pabellón y saque á todas las personas que haya.

CAP. Será cumplida la orden. (Vase al pabellón.)

ESCENA XIII

DICHOS, CAPITÁN, VIOLANTE, BLANCA y FERNANDO

CAN. Pero hombre, parece mentira que lo tomes tan en serio.

CÉSAR La ordenanza es lo primero.

VIOL. ¿Pero qué ocurre?

CAN. El Coronel, que quiere llevaros á palacio.

BLANCA Si ya decíamos que era muy amable.

CÉSAR Probablemente el mariscal Segismundo hoy entrará en combate y no sabemos si volverá.

CAN. ¡Zambomba! (Yo se lo cuento todo á mi mujer.)

CÉSAR Y por si ocurriera esa desgracia, el Bey no quiere desampararlas y las casará en la corte.

VIOL. Pero si yo soy casada.

CÉSAR ¿Y vuestro marido?

VIOL. ¿Mi marido?... (¿Qué digo?)

CAN. Soy yo. (A Violante.)

VIOL. (¿Tú? ¡Me salvé!) Mi marido es el mariscal Segis-mundo.

CAN. (¡Adiós, mundo!)

BLANCA (Muy bien dicho.)

FER. (Esta señora es capaz de casarse con un regimiento.)

CÉSAR ¡Conque esas tenemos, Segismundo! ¿Olvidas que sin consentimiento del Bey nadie se puede casar bajo la pena de muerte?

CAN. ¿Pero qué has hecho, mujer? (Está de Dios que me tenía que matar de alguna manera.)

VIOL. Lo dije sin saber lo que decía; pero le aseguro á usted que... soy soltera. ¿Verdad, hija?

CÉSAR En ese caso, ¿estará usted dispuesta á casarse con el Bey?

VIOL. Dispuesta.

CAN. (Pero mujer...)

FER. (¿No lo dije? esta se casa con cualquiera.)

CÉSAR ¿Y esta joven?

FER. Se casará conmigo.

CÉSAR ¿Con un Catariongo? Si tú tienes también pena de muerte.

FER. ¡Canela! Que no soy Catariongo, que soy europeo tiznado y he venido siguiendo...

CAN. (Le voy á salvar.) Este es mi asistente.

FER. Justo, su asistente.

BLANCA (Se salvó.)

CÉSAR Entonces irá contigo á la guerra.

FER. ¡Demonio! Si yo no sé nada de eso.

CÉSAR Ya te acostumbrarás cuando te den un balazo.

CAN. (¡Pero este señor que sólo piensa en exterminarnos!) (Corneta dentro.)

CÉSAR ¿No oís? La corneta anuncia un peligro. Capitán, con una patrulla lleva estas señoras á palacio, y tú, Segismundo, sígueme.

CAN. ¿Pero nos vamos a separar?

CÉSAR Es necesario.

VIOL. ¿Y es forzoso que me case con el Bey?

CÉSAR Será lo probable.

CAN. (Pues nada, que no alegue ignorancia; me descubro.) Que soy tu esposo Canuto.

VIOL. ¡Tú!... Ca... (Se desmaya.)

CAN. ¡Calla!

BLANCA ¡Mamá! (Corneta dentro.)

FER. (Esto sólo nos faltaba.)

CÉSAR No perdamos tiempo. Capitán, por allí. Segismundo y tú, salvaje, por aquí.

CAN. Pero... (Corneta, banda y tiros.)

CÉSAR ¡Adelante!

CAN. ¡Canuto! ¡De esta vez te quedas hueco!

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Campamento con tiendas de campaña

ESCENA PRIMERA

CORO GENERAL, BANDAS DE CORNETAS Y DE TAMBORES y COMPARSERÍA. Gran desfile militar

Música

(Durante el paso doble, que acompañarán las bandas desde la escena, van apareciendo el Coro general y los comparsas; hacen evoluciones y desaparecen con el final del número.)

ESCENA II

CANUTO y FERNANDO

Hablado

FER. Y diga usted, mi General, ¿tenemos que ir con esos soldados?
CAN. Yo creo que no nos necesitan.
FER. Usted debe ir el primero.
CAN. (Temblando.) ¿Yo?

Música

Nuestro fin ya llegó,
quién lo fuera á pensar,
yo no sé lo que hacer,
yo me voy á ocultar.
FER. ¡Ay! ¡Por qué vine aquí,
tras de aquel ideal!
Ella siempre ha de ser
la causa de mi mal.

CAN. Nosotros debémos muy pronto estudiar
algo que nos salve de esta atrocidad.
FER. Ya encontré un remedio único y mejor.
CAN. Pues dímelo pronto.
FER. Prestadme atención.

—

Yo he leído que en las guerras
cuando van á combatir
el soldado evoluciona
al sonar el cornetín,
y pensando humanamente
si yo voy á pelear
yo no quiero que me toquen
por lo que pueda tronar.
CAN. En las guerras que he librado
con la que hoy es mi mujer,
hubo palos, coscorrones,
y mordiscos una vez,
esas y otras herejías
fueron todas para mí,
y hoy me asusta cuando toca
mi señora el cornetín.

Hablado

CAN. ¡Ay, Fernando, yo no puedo más!
FER. En estos casos hay que tener valor.
CAN. Sí, es muy necesario, pero como yo no lo conozco.
FER. ¡Cómo! Usted, el mariscal Segismundo, el conspirador más terrible, ¿no conoce el valor?
CAN. ¿Pero qué Segismundo ni qué calabazas? si yo soy Canuto.
FER. ¿Usted don Canuto?
CAN. Sí, hombre, mírame. Soy Canuto, sino que me he dado de negro mate como tú.
FER. Pues entonces, ¿dónde está el mariscal?
CAN. Qué sé yo. Se ha marchado dejándome en su puesto. ¿No te parece que debemos descubrirnos ante el Bey?
FER. De ninguna manera. Nos descuartizarían por haberlos engañado.
CAN. Pero si vamos á la guerra nos descuartizan por miedosos.

FER. Quién sabe; podemos escapar.
CAN. Si nos escondemos...
FER. Don Canuto, no se abata usted.
CAN. Yo qué me he de abatir, pero hay balas perdidas que se van á encontrar con nosotros, lo estoy viendo.
FER. Antes ciegue que tal vea.
CAN. ¿La primera bala para tí?
FER. Le agradezco la preferencia, pero no la admito.
CAN. La segunda para mí. (Toque de corneta dentro.) ¡María Santísima! ¿Qué es eso?
FER. Llamada y tropa.
CAN. ¿Nos esconderemos?
FER. Eso es de cobardes.
CAN. No lo creas, eso es de precavidos.
FER. Ya se armó.
CAN. ¿El qué?
FER. El fuego.
CAN. ¿En dónde?
FER. Ya empiezan las guerrillas.
CAN. ¡Ay, Dios mío!
FER. ¡A caballo!
CAN. ¿Sobre quién?
FER. Sobre su caballo.
CAN. ¡Que me va á tirar! Te cedo el caballo.
FER. ¡Eso es imposible!
CAN. ¿Ves cómo tú tampoco quieres?
FER. Es que á usted se lo exige la ordenanza.
CAN. Por lo visto lo que quiere la ordenanza es que yo muera.
FER. Valor, que ya viene el batallón.
CAN. Querrás decir los santos óleos.
FER. Yo le apuntaré.
CAN. ¡Cuernos! ¿Tú también?
FER. Las voces de mando y la arenga.
CAN. ¡Ah! ¿También eso?
FER. Sí, señor; inspirarles simpatías; infiltrarles todo lo que siente.
CAN. ¿Lo que siento? Lo que siento es tener que decirles que se batan por mí. (Un tiro.)
FER. Ya vienen.
CAN. ¿Quién?
FER. Los nuestros para recibir sus órdenes.

ESCENA III

DICHOS, JEFES, OFICIALES y SOLDADOS

JEFE 1.º A la orden, mi general. Las avanzadas ya se están batiendo con los enemigos.

CAN. ¿Con que ya?

JEFE Y necesitan nuestros refuerzos.

CAN. (Pues si esperan el mío ya tienen bastante.)

FER. (Aréngueios usted.)

CAN. (¿Y qué digo?)

FER. (¡Adelante, hijos míos! ¡Valor, y tener confianza en mí!)

CAN. (¿Y tú crees que la tendrán?)

FER. (No les queda otro recurso.)

JEFE 1.º Mi general; esperamos sus órdenes.

CAN. Pues bien, hijos míos; valor y confiar en mí. Adelante sin miedo... (que yo estoy temblando.)

FER. (¡A las armas!)

CAN. ¡A las armas!

JEFE 1.º ¡Viva el mariscal Segismundo!

TODOS ¡Viva!

CAN. ¡Dios os oiga!...

JEFE 1.º Mi general. Las avanzadas retroceden, el enemigo es en mayor número que nosotros, la derrota es segura; debemos batirnos en retirada.

CAN. ¿Batirnos? De ninguna manera.

JEFE 1.º Es que vamos á una muerte cierta.

CAN. ¿A la muerte?

JEFE 1.º Y nuestra retirada será honrosa.

CAN. Pues si es honrosa, retirémonos.

JEFE 1.º ¡Cornetín de órdenes! Toque de retirada. (Toca y vanse todos por la izquierda.)

FER. ¡Huyamos nosotros también!

CAN. Pero no con ellos. Nosotros por este lado (Derecha.)

FER. ¡Que no conocemos el terreno!

CAN. No importa. Si vamos con ellos, nos obligamos á entrar alguna vez en acciones, y á mí no me gustan las malas acciones.

FER. Pues no perdamos tiempo. (Vanse.)

ESCENA IV

JEFE 1.°

Mi general! ¡Mi general! ¡Se ha ido! ¡Por allí va corriendo en dirección de los enemigos! ¡Qué hombre tan valiente! Antes que retroceder prefiere morir. Voy á contárselo al Bey para que quede en la historia.

MUTACION

CUADRO CUARTO

Telón corto. Una antecámara regia

ESCENA PRIMERA

GENERAL PIMPIM, CÉSAR y CAPITÁN

GEN. Ese hombre tan valerosos merece todos los sacrificios.

CÉSAR Pero tened en cuenta que los Catariongos nos piden por su rescate su independencia.

GEN. ¡Eso es imposible!

JEFE 1.° ¿Y dejaremos perder al mariscal Segismundo?

GEN. Eso nunca. Se organizará un grueso cuerpo de ejército para rescatarle.

CÉSAR ¿Y quién va á mandar ese ejército?

ESCENA II

DICHOS, BLANCA, VIOLANTE y CORO DE SEÑORAS con uniforme militar

BLANCA ¡Yo! (Con uniforme militar)

VIOL. ¡Y yo! (De cantinera.)

TODOS ¡¡Ustedes!!

Música

BLANCA — Aunque soy una mujer
me dispongo á combatir,
y en la lucha he de vencer
y la gloria conseguir.

TODOS — Yo no he visto cosa igual
en ninguna insurrección.

BLANCA — Me entusiasma pelear.

VIOL. — Y á mí el ruido del cañón,
pin, pon, pin, pon.

TODOS — Pin, pon, pon.

BLANCA — Cuando lucha la mujer
con arranque y decisión,
lo primero que ha de hacer
es tirar al corazón.
Con dos miradas provocativas
se rinde al hombre de más valor,
y con dos frases y una sonrisa
se queda al punto como sé yo.
Y si hay mostrencos que se resisten
á los suspiros de una pasión,
les propinamos una paliza
que les rompemos el esternón.

TODOS — En la guerra la mujer
ha de luchar hasta morir,
sin que el hombre contrarreste
nuestro empuje marchando así.

(Evolucionan todos.)

BLANCA — Aunque soy una mujer
me dispongo á combatir,
con fiereza he de luchar
hasta vencer ó morir.
Tararí, tararí

TODOS — Tararí, tararí.

VIOL. — En las lides del amor
se hace guerra sin cuartel,
reservando el corazón
que es lo que hay que defender.
Si el hombre sale variable ó frío
se le fustiga sin compasión,
y en cuanto tome querencia al trapo
hay que dejarle como sé yo.

Y si hay alguno que se recela
y se mostrara muy mansurrón.
hay que adornarle con dos de fuego
y achicharrarlo por cobardón.

TODOS — En la guerra la mujer
ha de luchar hasta morir, etc.

Hablado

BLANCA — El gran Bey, nuestro soberano y señor, acaba de otorgarme la merced de guiar al batallón de su guardia real para atacar á los Catariongos inmediatamente y salvar al mariscal Segismundo hecho prisionero.

GEN. — Eso es imposible.

BLANCA — Aquí está la orden del Bey.

GEN. — Pero ustedes... unas señoras...

VIOL. — Lo que es como yo agarre á un Zanguango de esos...

GEN. — La orden está en regla. Cumplimentarla inmediatamente.

JEFE 1.º — A la orden de vuecencia. Por aquí, mi jefe y señora.

BLANCA — A la orden, mi General. (Después de saludar al General, se dirige á las señoras.) ¡Firmes!... ¡Tercien!... ¡ar!... ¡De dos en fondo!... ¡ar!... ¡Izquierda, cabeza variación derecha!... ¡ar!... (Hacen mutis con música. Violante queda la última, marcando los pasos exageradamente.)

MUTACIÓN

CUADRO QUINTO

Gran salón á todo foro

ESCENA PRIMERA

CATARIONGOS 1.° y 2.°

CAT. 1.° De parte del presidente, que traigan los prisioneros á este salón.
CAT. 2.° Al momento. (Vase.)
CAT. 1.° Hoy es día de fiesta solemne. De comida tenemos á dos europeos. Aquí los traen.

ESCENA II

DICHOS, CANUTO y FERNANDO, con los ojos vendados, conducidos por el Catariongo 2.°

CAT. 2.° Aquí están, mi jefe.
CAT. 1.° Colocarlos uno á cada lado.
CAN. (¡Esto está más negro que mi cara!)
FER. (¿Nos irán á comer ahora?)
CAT. 1.° Aquí os quedais hasta que venga el presidente y disponga de vosotros.
CAN. Señor salvaje, ¿me quiere usted escuchar un momento?
CAT. 1.° Yo no oigo nada.
FER. Siquiera diga lo que nos tiene preparado.
CAT. 2.° Yo no digo nada.
CAN. (¡Vaya, hombre, qué gracia!)
CAT. 1.° Sólo os diré que os vigilan, y en cuanto intenteis quitaros la venda, los centinelas harán fuego sobre vosotros.
CAN. (¡Pero qué afán tienen por calentarnos!)
CAT. 1.° Ya lo sabéis. ¡Adiós, bocado mío! (Vase.)

ESCENA III

CANUTO y FERNANDO, de frente al público

CAN. ¡Quita, chucho! (Dando patadas.)

FER. Esto sí que es morir á oscuras.

CAN. Si siquiera nos dejaran ver por un ojo, sabríamos á quien agradecer el bocado.

FER. ¡Ay, Blanca! ¡Yo que vine aquí á casarme contigo y verlo todo de color rosa, lo veo negro!

CAN. ¡Ay, Violante! ¡Cuánto echo de menos tus arañazos! Porque esto de morir á la parrilla echando chispas, con este carácter tan bonachón que tengo...

FER. Si yo me atreviera á descubrir un ojo.

CAN. Y que no cabe duda, que nos van á descalabrar, porque ya nos han puesto la venda.

FER. Si me decidiera... Pero si me la quito, ¡fuego!

CAN. ¡Fuego!... Ya llegó mi hora.

FER. Y si no me la quito, también fuego.

CAN. ¡Cuánto tardan!... O será que están pidiendo lumbre.

FER. Bah, yo me descubro un poco.

CAN. Pues yo no me quedo con la duda. (Se descubren los dos un ojo, y al verse, se vuelven los dos inmediatamente.)

FER. ¡Un militar!

CAN. ¡Un Catariongo!

FER. Si yo le pudiera ablandar.

CAN. El caso es, que si yo le suplicara..

FER. Sí; me postro á sus plantas y se lo digo todo.

CAN. Yo le pido perdón y sea lo que Dios quiera. (Los dos se ponen de rodillas uno frente al otro.)

FER. ¡Señor militar!...

CAN. ¡Señor Catariongo!...

FER. ¡Don Canuto!

CAN. ¡Fernando!

FER. ¿Y estamos solos?

CAN. Completamente solos.

FER. ¡Ay, don Canuto, llegó nuestra última hora!

CAN. ¿Pero nos han señalado hora?

FER. Al conducirme aquí, me dijo un salvaje de esos, que cuál era mi estado.

CAN. Le dirías que muy malo.

FER. Yo no sé lo que dije, porque él me contestó que necesitaba extraer la hiel de un europeo para hacer un ungüento.

CAN. ¡Caracoles!

FER. Y no puedo recordar si me dijo que tenía que ser soltero ó casado.

CAN. ¡María Santísima!

FER. ¡Ay, don Canuto, estamos en un tris!

CAN. Por tu memoria maldita. Si tú te acordaras, estaría yo más tranquilo, porque seguramente tu hiel es más hermosa, como soltero que eres.

FER. Pues yo creo que es todo lo contrario, porque usted, como casado, habrá tragado mucha hiel en este mundo.

CAN. Pero no tan amarga como la de ahora. ¿Eh? ¿qué ruido es ese? (Ruido dentro.)

FER. Los Catariongos que estan preparando la fiesta á nuestra costa.

CAN. Y vienen hacia aquí.

FER. Pues volvamos á las tinieblas. (Se tapan los ojos.)

ESCENA IV

DICHOS y CATARIONGO 1.º

CAT. 1.º Así me gusta, cada uno en su sitio. El presidente me manda á preguntarle su estado y nombre.

CAN. (¿Qué estado será el mío?)

FER. Qué diré.

CAT. 1.º Usted, como jefe, conteste primero. ¿Es usted casado ó soltero?

CAN. Le diré á usted, soy tan condescendiente con el señor presidente, que seré lo que él quiera.

CAT. 1.º Lo que usted sea.

CAN. Pues... sol... sol.. sol..

CAT. 1.º ¡Célibe! ¡Célibe! Se salvó el mariscal Segismundo.

CAN. ¿Yo? Gracias, morenito. (Descubriéndose.)

CAT. 1.º El mariscal Segismundo no eres tú.

CAN. El mismo soy.

CAT. 1.º Pero si el mariscal Segismundo es mi presidente.

CAN. Cómo, ¿mi hermano?

FER. ¡Mi tío! (Idem.)

CAN. ¿Cómo tu tío?

FER. Su hermano de usted, mi futuro tío.

CAT. 1.º Señores, que faltan á la consigna y les voy á pegar un tiro.

CAN. ¿Pero todavía hay fuego? (Suena un tiro dentro.)

CAN. / FER. } ¡Ay! ¡Me ha matado! (Caen los dos al suelo.)

ESCENA V

DICHOS y SEGISMUNDO

SEG. ¡Mil bombas! Celebrando la victoria de nuestras armas nos hemos dejado sorprender por un ejército que viene á rescatar á los prisioneros.

CAT. 1.º Aquí los tiene usted.

SEG. ¡Qué veo! ¡Mi hermano!

CAN. ¡Segismundo!

SEG Levanta.

CAN. No sé si podré, me han dado un tiro.

FER. Y á mí otro.

SEG. Lo que os ha dado es miedo, pero no temais. Las tropas del Bey vienen por vosotros; nos han sorprendido y han asaltado mi palacio.

CAN. ¿De manera que estamos perdidos otra vez?

SEG. Vosotros, no. Yo soy el único, y me voy á levantar la tapa de los sesos.

CAN. Eso sí que no. (Luchando con él.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, BLANCA, VIOLANTE, CAPITÁN y soldados

CAP. Por aquí, mi general. Vea usted á nuestro prisionero luchando todavía. ¡Qué hombre de más valor!

BLANCA ¡Padre!

CAN. ¡Eh! ¿Tú? ¡Blanca!

VIOL. ¡Y yo! Tu Violante de cantinera.

CAN. ¡Maldita sea tu estampa!

FER. ¡A mis brazos!

CAN. No, todavía no.

BLANCA Los Catariongos están en nuestro poder. Solo nos falta el presidente.

CAN. ¡Si es mi hermano!

BLANCA ¡Tío mío! (Le abraza.)

SEG. Me han vencido dos veces. Si me indultan, nos vamos á España con la fortuna que hay en este palacio y que ya es tuya.

BLANCA Con una condición. La acepto si la comparto con Fernando, que tanto ha sufrido por mí.

FER. ¿Y ahora puede venir á mis brazos?

CAN. Lo tienes bien ganado.

VIOL. En España os casaréis.

BLANCA Pues vamos á España.

SEG ¿Y mi indulto?

CAN. Pídeselo á estos señores.

BLANCA (Al público.)

Es hora de perdonar
y espero el fallo de ti.
Dime: ¿me vas á negar
un aplauso para mí?

TELON

COUPLETS PARA REPETIR

FER. Se ha retirado Silvela,
á Sánchez le han ahuecao,
Mazzantini se la corta,
Villaverde se ha fugao.

CAN. Todos se van y nos dejan
con aplausos del país,
pero don Antonio, el maula,
ese no se quiere ir.

—

FER. Hoy la guerra está de moda
y es la guerra sin cuartel,
y por eso en el Congreso
dan batallas á granel.

CAN. Un obús lanzó Soriano
que hasta el banco azul llegó,
y fué tal la puntería,
que á Sánchez le reventó.

—

FER. Hoy se está representando
en el Congreso español
el *Cyrano, el de las napias,*
y el reparto es superior.

CAN. De cadetes de Gascuña
hacen Soriano y Gasset,
y el *gachó* de las narices
Sánchez Toca le va á hacer.

NOTA

Como la acción de esta obra es imaginaria, debe vestirse á capricho del director de escena, teniendo en cuenta estas observaciones.

Segismundo, vestirá trusa, guerrera de soldado y morrión exagerado.

Lo mismo ha de vestir *Canuto*.

Fernando, de salvaje, igual que los Catariongos.

El General, *César* y *Capitán*, de militares del *país de las Chinchas*, es decir, lo más raro posible.

Blanca y el coro de señoras, con faldita corta y guerrera ó pantalón largo. Sombrero de paja á lo boer.

Violante, de cantinera con arreglo al figurín de *Blanca*.

OBRAS DE LUIS PASCUAL FRUTOS

Trabajar para su daño.
Los currinches.
Varietes.
Portfolio madrileño.
El Wargraph.
El guitarrico.
La caprichosa.
La buena moza.
Los Catariongos.
La buena sociedad.

OBRAS DE MÁXIMO JIMÉNEZ

El héroe de la amistad. Comedia en tres actos y en prosa.

Primavera y Otoño. —Juguete cómico en un acto y en prosa.

Blanca.—Drama en tres actos y en verso (1).

Las planchadoras.—Sainete lírico en un acto y en prosa.—Música del maestro D. Santiago Lope.

Las mocitas del barrio.—Sainete lírico en un acto, tres cuadros y en prosa.—Música de D. Joaquín Valverde (padre).

Por esos mundos.—Viaje cómico-lírico-fantástico, en un acto dividido en seis cuadros.—Música de los maestros D. Federico Chueca y D. Vicente Lleó (2).

Juan del Pueblo.—Drama en tres actos y seis cuadros, en verso y prosa.

Los Catariongos.—Zarzuela bufa en un acto y cinco cuadros, en prosa.—Música de D. Agustín Pérez Soriano y D. Ernesto Ruiz de Arana (3).

---

(1) En colaboración con D. Constancio Lumbreras.

(2) Idem id. con D. Antonio Paso y D. Carlos Cruselles.

(3) Idem id. con D. Luis Pascual Frutos.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: UNA peseta